

# BANDERA SOCIAL

Semanario Anárquico-Colectivista.

AÑO I

Madrid 15 de Febrero de 1885

NÚM. 1.º

## DOCTRINAL

### NUESTRA PROFESIÓN DE FE

Al aparecer á la luz pública un nuevo órgano de prensa tiene, como primer deber ante la opinión, de manifestar qué ideas son las que defender se opone y cuál la línea de conducta que más prudente y eficaz considera para la realización de sus ideales; unas y otra vamos á exponer en las siguientes líneas:

Somos trabajadores; consideramos que en el desenvolvimiento histórico y progresivo de la humanidad no ha llegado á nosotros, como clase social, toda la parte de libertad y bienestar á que con derecho nos creemos. La experiencia nos demuestra fehacientemente que, lejos de hallarse consumado el fenómeno evolutivo condensado en la revolución que divide la época feudal de la presente época, nos hallamos en pleno periodo de transición, y así, por lo tanto, ni á instituciones, ni á intereses, ni á ideas, ni á principios podemos conceder caracteres de definitiva inestabilidad.

Pesa sobre nosotros toda la horrible carga de los deberes sociales; exigémosnos responsabilidad individual y colectiva de nuestros actos; se nos reclama respeto á instituciones, intereses y principios, sin que los derechos que la ley y la costumbre nos conceden guarden reciprocidad con los deberes que se nos señala, negándonos los medios de formar y tener conciencia de las cosas, y desconociendo en nosotros indudable aptitud é indiscutible derecho de intervenir y cooperar en la confección de las leyes cuyo respeto de nosotros se pretende.

Vemos que, en virtud de la acción de un mecanismo económico, tan artificial como falso, nos hallamos convertidos en instrumentos explotables á merced, y que nuestra actividad, nuestra inteligencia, nuestra dignidad, nuestro bienestar y el de nuestras familias, todo ello se considera mercancía cotizable en el mercado, y por consiguiente, dependiente de un juego de azar, pomposamente disfrazado con el nombre de *ley de la oferta y el pedido*.

Vemos que la presente organización social, en medio de plétora de falso y cínico orden político y de repugnante é hipócrita orden religioso, camina á ciegas y tropezando á través del más espantoso laberinto económico. Se produce sin conciencia y sin conocimiento exacto de las necesidades sociales; la base del cambio es el chaloneo ó el bandidaje, puesto que lejos de fundarse científicamente en la equivalencia de valores, no reconoce más ley que el engaño ó la fuerza mayor de la necesidad; la distribución de productos no produce más resultados que la constante miseria del productor, del trabajador, y el bienestar, la comodidad y la riqueza del que nada produce ó del que produce algo que, con apariencias de utilidad, suele ser frecuentemente causa de inmoralidad y perjuicio.

Por otra parte, la historia política y religiosa nos enseña que religión y gobierno son buenos elementos cuando de defender ó crear intereses particulares ó privilegiados se trata; pero impotentes para realizar, y aun opuestos á la realización de todo principio de justicia. ¡Y cómo no si en los privilegios de unos pocos y en la sujeción de los más se dan religiones y gobiernos! Hemos aprendido las religiones, todas ellas fundadas en quimeras y contradicciones, no tienen más objeto que el sostenimiento de los privilegios y dominio de una clase

sacerdotal, sostenida y apoyada por las clases poseedoras en virtud de un pacto de defensa mutua enfrente de la clase trabajadora. Y que los partidos políticos todos, y con ellos todos los gobiernos, no pueden proponerse otra cosa que ejercer por medio del poder y del principio de autoridad una tutela ó dirección de la marcha social que sólo en perjuicio del trabajador puede resultar. No hemos creído nunca, ni creemos hoy que las revoluciones puedan hacerse desde el poder, así como creemos que una vez hecha la revolución la idea de gobierno no tendrá razón de ser. La idea de gobiernos revolucionarios es tan falsa y absurda, como absurdo y falso suponer que una organización social fundada en los más severos principios de igualdad y de justicia puede dar cabida á ningún gobierno, y por consiguiente, al principio de autoridad.

Sabemos que todos los principios, todas las ideas y todos los fundamentos de la sociedad actual, desde los más abstractos hasta los más tangibles, llenos están de errores y preocupaciones, preocupaciones y errores que, en definitiva, sólo á la mayor y más desenfrenada explotación del hombre por el hombre se encaminan. Así, por consiguiente, todo, absolutamente todo, lo consideramos susceptible de crítica, de juicio y de reforma. Si las grandes verdades científicas conocidas hoy no hubieran sido ignoradas ayer, ¡de cuántos profundos y lamentables errores se hubiera visto libre la humanidad! El mejor medio, por lo tanto, de evitar las mayores consecuencias de la ignorancia presente será el no admitir como verdades absolutas sino las científicamente demostradas.

Mas como quiera que á la humanidad y á nosotros como miembros de ella no nos es posible vivir sin ideal, lo tenemos si, pero no absoluto, sino modificable á medida que nuevos conocimientos y nuevas experiencias nos demuestren la conveniencia de su reforma ó modificación; hoy por hoy profesamos, enfrente del principio de autoridad representado por los gobiernos políticos é iglesias religiosas, el principio de Anarquía; enfrente del burllo y de la falta de criterio económico, el Colectivismo; y en sustitución de un sistema social que sólo reconoce como base administrativa la centralización y absorción de los naturales organismos sociales, la Federación. Podemos, pues, resumir nuestra profesión de fe en los tres grandes principios Federación, Anarquía y Colectivismo. Pero convencidos de que nunca será sobrada, por mucha que sea, la claridad en la expresión de nuestras ideas, y persuadidos de la funesta inmoralidad á que suele dar lugar la anfibia del lenguaje, tras la cual ocultan frecuentemente los hombres que al estudio de cuestiones públicas se consagran intenciones no muy rectas, no nos limitaremos á la enunciación de estos tres grandes principios, sino que en los primeros y sucesivos números de nuestra publicación diremos clara y minuciosamente lo que por Federación, Anarquía y Colectivismo entendemos.

Consideramos como medios eficaces para ir realizando nuestra obra la propaganda por medio de la imprenta, de la reunión y de la asociación; y aun cuando sabemos que ningún gobierno, ya monárquico de cualquier matiz, ya republicano de cualquier sistema, habrá de concedernos las libertades de asociación, reunión é imprenta en toda su amplitud, las ejercitaremos en tanto y en la medida que nos sea posible.

Estamos convencidos de que nuestra obra no es obra de un día, y preparados nos hallamos á sufrir

contrariedades, descabros y reveses; pero unas y otros irán siendo menos duros para los trabajadores, si en todo lugar y en todo momento aprovechamos los descuidos, las debilidades y las forzosas concesiones de la burguesía para organizarnos como clase y fortalecernos como revolucionarios; por esta razón creemos también que el elemento hoy más poderoso que puede conducirnos por el camino de nuestra emancipación económico-social es la Federación Regional de Trabajadores, y á ella nos hallamos individualmente adheridos y colectiva y moralmente consagrados.

Esta es, pues, nuestra profesión de fe y estos los medios con que contamos para la realización de nuestros propósitos y nuestros ideales.

Restanos en este momento dirigir un saludo á toda la prensa en general y en particular á todos los órganos de la clase trabajadora.

EL CONSEJO DE REDACCIÓN.

### ÚLTIMO ESFUERZO

¡Despierta, obrero del siglo XIX!  
¡Sal de tu tumba, oh Lázaro de las modernas edades!

¡Si; sacude la catalepsia que te producen la explotación y la miseria!

¡Abandona el sudario con que te han envuelto las brumas de la ignorancia, que empiezan á disiparse al calor del radiante sol del progreso, y apréstate á ser hombre!

¡Ser hombre!  
Hé aquí la gran obra de la ciencia, de la filosofía y de la razón. Hé aquí el compendio de todas las obras humanas.

Abre una por una las hojas del libro del pasado. Estudia en ellas.

Medita en sus ejemplos, é inspirándote en sus lecciones, apresúrate á unirte con tus hermanos de esclavitud y de infortunio para llegar al Capitolio de tu emancipación económico-social.

Pregunta á tus antepasados, y ellos te dirán como fueron las víctimas de todos los tiempos, de todas las edades y de todas las causas.

En Esparta, como en Atenas, como en Roma, como en todas las ciudades del Viejo y el Nuevo Mundo, te consideraron como esclavo, como vil, como ilota y como paria.

Aquellos espartanos, que se preciaban de ser los primeros republicanos, te escarnecían, te vilipendiaban, te despreciaban.

Para todos existían leyes, menos para ti. Levábante á la guerra para luchar contra los extranjeros, y cuando les proporcionabas, con tu valor y tu energía, por el deseo de ser libre, el triunfo sobre sus contrarios, el premio que encontrabas, la recompensa que te otorgaban era el asesinato.

Invitábante á banquetes para celebrar su triunfo y tu emancipación, y allí el último de los manjares era el perfido puñal de tus iracundos señores.

El trabajo era una vileza sólo destinado á ti, esclavo.

El hombre libre no se ocupaba sino de la guerra y de consumir los productos que tú le proporcionabas. La holganza era el mayor título de nobleza de aquellos oligárquicos republicanos.

Pero la crueldad y la infamia no estaba limitada solamente á la despótica Esparta.

Atenas, á quien las artes y la industria dieron en la antigüedad fausto y renombre, no era ciertamente menos tiránica que Esparta.

Trescientos mil esclavos, privados de todo derecho, aniquilados, explotados, y de los cuales podían hacer sus señores cuanto les pluguiera, incluso privarles de la existencia, eran los trofeos